

# EL CASTELLANO

SEMENARIO CATOLICO

Redacción y Administración.

Calle de Núñez de Arce, núm. 7

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.



PAGO ADELANTADO.

Suscripción.

Un año.....	3,00 pesetas.
Número suelto.....	0,08
Idem atrasado.....	0,10

### Advertencia importante.

Desde esta fecha el pago de suscripciones para los suscriptores de fuera de la ciudad puede hacerse en la Cacería de D. Elias Galán, calle del Comercio, número 62, quien también recibe suscripciones nuevas.

El ilustrado y celoso Capellán del Colegio de Huérfanos de Guadalajara, D. Tomás Ruiz del Rey, es el Corresponsal y encargado de este periódico en la provincia de Guadalajara; á él, pues, deben dirigirse los suscriptores, porque con gran desprendimiento y entusiasmo se ha ofrecido á propagar la lectura de EL CASTELLANO.

### La batalla de las Navas de Tolosa el triunfo de la Santa Cruz.

Lamentábase, y con razón, nuestro compa- ñero de armas y excelente amigo Sr. Casta- ño de la indiferencia ó ignorancia con que los toledanos dejaban pasar año tras año sin la menor demostración de un natural regocijo al anunciar la Catedral Primada con sus sonoras campanas la conmemoración de la conquista de Toledo, realizada por Alfonso VI el 25 de mayo de 1085. Y en patético artículo de EL CASTELLANO, como quien siente correr por sus venas sangre española y cris- tiana, hacía salir del olvido nombres, escenas y lugares que, si en todo tiempo sirvie- ran de orgullo y de glorioso recuerdo, nunca como en el actual, positivista y decadente, debieran estimularnos, tanto á imitar la fe, el heroísmo, la abnegación, la fidelidad y constancia de nuestros antepasados.

Inspirados en iguales sentimientos, vamos también nosotros á invocar hoy el recuerdo de otro acontecimiento más extraordinario y no menos interesante para Toledo, puesto que vino á poner término á la ansiedad en que vivía, y restituyó la calma de que venían privándola los frecuentes asedios y los conti- nuos merodeos del enemigo.

La conquista de Toledo y las pérdidas que el islamismo venía sufriendo diariamente en España, á partir de aquella fecha, habían irritado al miramamolín Mahomed, de tal modo, que desembarcando en Andalucía con un poderoso ejército de africanos, juró llevar su hueste hasta Roma y colocar su enseña sobre lo más alto de la Iglesia de San Pedro. Aterrado el Santo Padre después de dirigir su voz al orbe católico, recorre descalzo las calles de Roma y camina silencioso en rogativa á la Basílica de Letrán, mientras que el Arzobispo Jiménez de Rada organiza las fuer- zas de Francia, Italia y Alemania, van llegando á Toledo (1), y coloca la Cruz bermeja en los pechos de cada uno de sus solda- dos. Pedro II de Aragón concurre con 30.000 infantes y 10.000 caballos, la flor de Aragón y Cataluña. Sancho de Navarra arma sus va- lerosos montañeses y se pone al frente de un ejército numeroso y aguerrido. Envía Portugal la nobleza de su reino, formando un escuadrón pequeño, pero lucido. Castilla no cuenta sus soldados, pero pone en campaña cuantos pueden empuñar lanza y embrazar adarga. Sólo León, recordando antiguas que- rrelas, se abstiene de concurrir al éxito de tan célebre cruzada.

(1) «Como de cada día creciese el número de los que venían á servir en esta guerra..... el Rey previó que muchos de los que venían se apostasen en la Huer- ta que dicen del Rey, porque más allegre y contentos estarían y porque en ella se podían defender del calor con las sombras de los árboles, á donde estu- vieron hasta el día que partieron de esta ciudad.—P. de Alcocer en la Historia de Toledo.

El 21 de junio de 1212 emprende la mar- cha desde Toledo el ejército cristiano, cuya vanguardia, compuesta de 40.000 infantes y 10.000 caballos, iba mandada por D. Diego López de Haro. Seguían por diferentes cami- nos, para no embarzarse, los Reyes de Aragón y de Castilla con numeroso séquito, yendo en el de Castilla, que era el mayor y más brillante, el Arzobispo de Toledo é historia- dor D. Rodrigo; los Obispos de Palencia, Sigüenza, Osma, Plasencia y Avila; los Ca- balleros del Temple, de San Juan, de Calatrava y de Santiago, y mandando la retaguardia D. Gonzalo Rodríguez Girón con sus cuatro hermanos y otros muchos nobles y campeones de Castilla. El ejército cristiano avanza en dirección de Sierra Morena, y Mahomed, que desde lo alto de esta cordille- ra ve caer en poder de sus enemigos los castillos de Malagón y Calatrava, presencia también la huida de los extrajeros, quienes no pudiendo soportar los rigores de un clima abrasador, se dispersan, apesar de las exor- taciones de los Obispos de Nantes y Narbona. En esto que aparece el Rey de Navarra, con quien ya no se contaba, y entonces es cuando puede decirse que España quedaba abandonada á sus propias fuerzas, pero que ella sola sabría vencer.

El 12 de julio sostiene D. Diego López de Haro, jefe de la vanguardia cristiana, el primer combate en el puerto de Muradal, y se apodera de Castro Ferral, fortaleza situada á la parte oriental de las Navas. Pero al avanzar el núcleo y verse éste entre desfiladeros y angosturas, dominado por el enemigo, un Consejo propone la retirada. El Rey de Castilla entonces se pone al frente de su ejército, y con heroico denuedo, esto, dice, es lo que toca á nos, y Dios hará su voluntad, y guiado en tan crítica situación por un pastor milagroso, conduce sus huestes por vereda desconocida y entre precipicios, á la extensa planicie de las Navas de Tolosa, posición dominante y holgada, flanqueando al enemi- go, en donde acampa el 14 con gran sorpresa de éste. Perdida la ventaja del sitio, el Musulmán brama de cólera; mas confiado en la superioridad del número, prepara sus haces y sale á desafiarse á los cristianos. Estos, sin embargo, permanecen quietos en sus tien- das. Mañana, les dice D. Alfonso, es domingo y debemos invocar el nombre del Señor. El lunes 16, mediréis vuestras lanzas con las de los agarenos y conseguiréis la victoria que Dios vos tiene preparada.

Tiende la noche su velo sobre ambos ejércitos, y mientras Mahomed, embriagado de placer y de gloria por su futura prosperidad, y la morisma saborea de antemano la victoria que cree segura, en el campamento cris- tiano todo es silencio, apenas se oye más ruido que el del escudero que limpia y acio- la su armadura ó la rada cántiga de los almogabares que dirigen su plegaria á la Patrona de Aragón. Los Reyes recorren el campamento, dando disposiciones y exortan- do á los soldados, y en todos los reales se repite sin cesar: Mil veces muertos, antes que vencidos. A la madrugada levántanse presto, ármanse preurosos y todos corren á ocupar sus puestos, hallándose el sol en orden de batalla y reflejando sus destellos sobre un lago de picas y coxetes. Varios prestes, colocados en parajes eminentes, celebran el Santo Sacrificio, y los soldados cristianos le oyen con toda reverencia y comulgan. Según táctica de aquel tiempo, el ejército divi- dese en tres cuerpos: á la derecha los navar- ros, los aragoneses á la izquierda y en el centro los castellanos, y con éstos el pendón de Toledo, en que se veía bordada la imagen de la Virgen María. A vanguardia los cabal- leros de las órdenes militares y parte de los Consejos de Castilla, al mando de D. Diego López de Haro.

Mahomed despliega sus 300.000 infantes y 150.000 caballos dispuestos en forma de media luna, y para seguridad de su perso- na, forma un ballado de cadenas defendido

por 10.000 negros. No bien se da la señal de acometer, cuando el pujante esfuerzo de los cristianos deshace las primeras líneas y des- barata las que vienen en su apoyo. Los pen- dones de España avanzan por todas las par- tes y la consternación se apodera de los hijos del profeta. ¿Quién podrá referir las acciones valerosas de aquel día por siempre memorable en que se decidía la suerte de España?

Mirando estaba el Rey Alfonso desde lo alto de una colina cómo avanzaban sus tropas, llevando en retirada la confusa morisma, cuando de repente, viendo tornar á los fugiti- vos, y que sus geutes principiaban á cejar, trató de meter espuela á su caballo para entrar en lo más bravo de la refriega, oponién- dosele los Prelados y fidalgos que lo acompa- ñaban. Poco después, viendo que los moros vuelven á batirse con furor, dirigiéndose á D. Rodrigo, que no se apartaba de su lado, le dice:

—Arzobispo, yo y vos muramos aquí.  
—Non, señor, non morir, porque vencer habeides.

—Pues avancemos para acorrer á los pri- meros, que se hallan en gran cuita.  
Y viendo que no le dejaban, exclamó otra vez:

—Muramos aquí, Arzobispo, que esta es muerte honrada.

—Dar vos ha la victoria nuestro Dios (dijo D. Rodrigo), y si dispusiere otra cosa, todos los que aquí estamos moriramos con vos. Y como advirtiese que algunos de sus solda- dos volvían la espalda, arranca una pica de manos de un escudero, y metiendo espuela al caballo, se dirige á los fugitivos gritando: ¡O vasallón y amigo! ¿Qué es esto? Tornad á la batalla, que este es el buen día de gran victoria que Dios vos quiere dar; y viendo que seguían en la huida, con su lanza (dice la crónica) fizolos tornar mal de su grado.

En vano Mahomed intenta luchar en lo más bravo de la pelea; el terror se había apoderado de los musulmanes. El Rey de Navarra, después de arrollar todo el costado izquierdo del enemigo, vino á caer sobre el cerco de hierro del campamento real, y de- jando muertos ó cautivos á los 10.000 moros que la defendían. Entre tanto el de Castilla hace huir precipitadamente hacia la derecha á los moros del centro, quienes caen bajo las picas del Rey de Aragón, que se había ade- lantado tras los fugitivos de este costado. Cuando D. Alfonso que, entrada la noche, le esperaba en la tienda del miramamolín, le vio huir con un golpe de lanza que le había hecho saltar la armazón de la lorica, le abra- zó diciéndole en tono festivo: Cormano, señor, sabor había quien vos este golpe dió de non criar rey.

Aciago día fué para los moros el 16 de julio de 1212, en que murieron 200.000 infan- tes y 30.000 de á caballo (1). Al siguiente se hizo el reparto del despojo, negándose don Alfonso á efectuarlo por él mismo, y comisionando para ello á D. Diego López de Haro, señor de Vizcaya, quien se había cubierto de gloria al mando de la vanguardia. Este, que conocía el carácter liberal y generoso de aquél, hizo la partición en estos términos: Señor, todo lo que vos y nos los fidalgo habremos de esta batalla, conviene saber lo que está en el corral que Miramamolín había cercado de cadenas, sea todo de los Reyes de Aragón y Navarra, y á vos, señor, doy la honra de la batalla, que á vos es debida, y todo el haber y despojo de fuera del corral todos los que le oieren, lo hayan cada uno como lo alcanzó. Dieron además al de Navarra las cadenas de hierro que defendían la tienda de Mahomad (2), y ésta al de Aragón, quien la

(1) Las bajas de los cristianos, según D. Rodrigo, no pasaron de 25, que algunos interrotan por 25.000. Se le atribuye la diferencia á bajas entre uno y otro ejército al arrojó de los cristianos y á la precipitada fuga de los moros, que morían en ella.

(2) Estas cadenas se pusieron en el Altar Mayor de la colegiata de Toledo, y el Rey de Navarra añadió al cerco de sus armas las cadenas que hoy ostenta.

donó el Papa Inocencio III con la enseña per- sonal del miramamolín (1).

La batalla de las Navas, perfectamente preparada, fué admirable en su ejecución. Aquella marcha de flanco realizada por hom- bres cubiertos de hierro, bajo la influencia de un sol canicular, y sobre terreno escabro- sísimo como el de Despeñaperros; los acerta- dos ataques del centro y alas; el oportuno empleo de la reserva y la persecución hasta aniquilarle, son preceptos ajustados al buen arte de guerrear que la hacen servir de modelo entre los combates de su época. Lo cual no se opone, sin embargo, á que los creen- tes veamos en el valor y prudencia de don Alfonso, Príncipe venido del Cielo, según expresión del P. Mariana; en el pastor que desaparece; en la huida de los moros ante el pendón de Toledo y en la cruz ó guión Arzobispal que pasea triunfante por medio de los escuadrones enemigos, señales manifiestas de la intervención divina. Así lo creyó el orbe cristiano, y nuestra Catedral Primada, depo- sitaria como ninguna otra de todas nuestras glorias, inmortalizó este recuerdo colocando en sitio principal las estatuas del Rey y del Pastor que le condujo á la victoria, y estable- ciendo la fiesta de la Santa Cruz que celebra el 16 de julio con pompa y majestad, lleván- dola en triunfo por sus desiertas navas.

Milario González.

### Efectos de las huelgas.

Con este mismo epígrafe he leído en el número 74 de EL CASTELLANO un razonado artículo digno de tenerse en cuenta. Las dis- cusiones de un semanario no permiten entrar en ampliaciones que merecerían cada una de las razones allí expuestas. Teniendo en cuenta esto, se me ocurre, como comentario, no hablar, sino dejar la palabra á un socia- lista caracterizado. Por muchos años Julio Simón ha sido el verbo de la acción, á la que ha representado en diferentes Congresos in- ternacionales. No negaré sistemáticamente el talento de tal sentario, ni he de defender todas sus teorías. El genio muchas veces tiene preocupaciones; pero á través de éstas, se imponen con el sentido común, la luz de la verdad.

En una modesta, cuanto efímera publi- cación, titulada *El Marqués de Toledo*, publicó algunos pensamientos de Julio Simón, cuya reproducción, unido á lo que nos ha mostrado la experiencia, pueden servir de comentario al artículo á que antes me referí.

Empieza el articulista manifestando que el socialismo aspira directamente á la ruina del capital, y después afirma que éste es ne- cesario para el progreso; y que al retraerse por las huelgas, desampara la industria y el comercio, dejando en la miseria multitud de familias y eucareciendo los medios de la vida.

Estadísticas recientemente publicadas manifiestan que el capital se retrae á los Bancos en España, prefiriendo menos gana- ncia á los riesgos á que las huelgas le conducen. Y es que determinadas las huelgas por pescadores que llevan ganancia á río vuelto, ó por los que no saben lo que traen entre manos, se han olvidado de esta sencilla ver- dad del estadista Julio Simón: «Negamos nosotros que la lucha entre el capital y el trabajo sea de principios. ¿Qué es el capital? Es el trabajo de ayer. ¿Y qué es el trabajo? Es el capital de mañana. Estos mutuos inte- reses no son opuestos sino cuando el capital olvida su origen y el trabajo su porvenir. La cólera es lo que oría las dificultades».

Historias de huelgas tenemos recientes, y palpables sus resultados, perjudiciales en su mayor parte al obrero. Si el obrero puede

(1) Sobre las tradicionales enseñanzas conservadas en nuestra Catedral y en las Huelgas de Burgos, sostiene el Sr. Amador de los Ríos en su estudio acerca de ellas que no proceden de la batalla de las Navas.